

—¡Hiere!

Tony repitió sordamente:
Preferiría á su compañero.

—¡Te lo prohibo!

—¡Sin embargo, la ocasión es buena!

—¡Tony!

—¿Tú lo quieres?

—Sí.

—¡Sea!

Dió un paso hacia adelante.
Levantó el brazo.

Este estaba armado de un cuchillo de hoja estrecha y larga, cortante como una navaja de afeitar.

Hirió.

El arma entró hasta el puño en la espalda del pasante.

El asesino no la sacó.

El barón tapó la boca al desgraciado herido con un pañuelo, para ahogar un grito.

No se oyó nada.

La muerte fué instantánea.

Tony metió la mano en el bolsillo de su víctima, se apoderó de la cartera, y se la dió á Olimpia.

Después, empujando el cuerpo hacia la baranda, lo levantó por encima de ésta y lo echó al río.

Todo había pasado en pocos segundos.

Este pequeño drama no tuvo testigos.

Solo un coche venia tranquilamente de la estación de Orleans por el muelle de la Tour-nelle, y los dos agentes continuaban su paseo hacia Nuestra Señora, mirando el agua que corría y el gas que ardía tristemente en la niebla.

III

El otro.

Aurora pasó la noche en un sueño. Después de las emociones y de las fatigas del día, se había dormido como un plomo.

Un golpe dado en la puerta la despertó sobresaltada.

Se levantó y abrió.

Era la señora Simonet que llegaba.

Acababa de apearse del tren.

—No me esperabáis tan pronto—dijo.

Debía haber estado más tiempo en su país. Pero dió algunas explicaciones.

Ya no tenía parientes en él: había tenido que ir á una posada.

—Ciertamente que no es como en Paris, pero cuando no se es rico, no se pueden hacer gastos aunque no sean considerables.

Volvió á encargarse de su negocio.

No sería hasta el día siguiente porque aquel lo dedicaría á arreglar sus asuntos y hacer ciertos encargos que no quería que le robaran el tiempo después.

Necesitaba ganar dinero.

La enfermedad de su pobre hija la había costado un ojo de la cara; los medicamentos, los médicos, el tiempo perdido, y en fin, aquel viaje y la cruz que había tenido que poner en la tumba y el terreno comprado á perpetuidad.

—¡Sí, á perpetuidad, querida!...

Porque no quería que moviesen jamás á su pobre hija. No hubiera estado tranquila de

otro modo y, además, era allí donde quería que la enterraran á ella, si es que cuando llegará el caso tenía medios para eso.

Cuando terminó sus explicaciones, preguntó á Aurora, que se vestía á toda prisa:

—¿Y vos, querida mía, que vais á hacer?

Aurora, que se estaba abrochando el corsé, levantó los brazos al aire con un gesto que significaba:

—A fé mía que no lo sé, pero nada.

Todo iba de mal en peor en su casa.

No tenía ya un céntimo: la enfermedad de su pobre Elena se prolongaba; era preciso pagar dos meses á la nodriza del niño, que se la debían ya; la mujer de Dammartin se impacientaba: todos los días había nuevas amenazas y el alquiler de abril se aproximaba á grandes pasos.

—Eramos demasiado felices con nuestro pequeño arreglo—dijo.—Los periódicos nos daban pan. Siempre sucede así.

Y como la señora Simonet demostrase su sentimiento, Aurora la consoló diciendo:

No os atormentéis; no hubiéramos podido continuar de todos modos. Hubiera sido preciso buscar otra cosa.

—¿Pero qué, desgraciada criatura?—preguntó la buena mujer.

Aurora contestó resueltamente:

—¡La primera cosa que se presente, sea la que sea! Es una necesidad.

La vieja Mónica entraba.

Aurora la designó con un gesto á la señora Simonet, con otro la mostró la habitación inmediata, cuya puerta estaba abierta y donde la enferma llamaba despacio:

—¡Aurora!...

—Sí, comprendo—dijo la señora Simonet pensativa.

—Tengo una cosa en perspectiva—declaró Aurora.—Me han hecho ofertas: voy á decirme...

—¿Hoy?...

—Sí, hoy mismo... ¡Imposible esperar más tiempo!

Aurora tenía un aire tan resuelto, que llamó la atención á la señora Simonet.

Pasó á la habitación de Elena y volvió casi en seguida, diciendo á su vecina:

—Tened: he ahí vuestra parte de ganancias, con la nota. Podéis examinarla.

Había cuarenta y dos francos y céntimos de seis días.

—¡Esto es soberbio! ¡Sois un tesoro!—declaró la buena mujer.—¡Qué lástima que no podamos continuar así!

—¡Oh! ¡para dos!

—En efecto, no puede ser. Habéis hecho subir mucho la venta.

Aurora suspió.

—Yo hubiera tratado de hacer lo mismo en todas partes. No me falta buena voluntad, pero puesto que nadie me admite...—dijo.

La señora Simonet, muy conmovida, insinuó:

—Si quisieseis... Se podría tal vez...

—No, no. Seríamos una carga... ¡Si siquiera fuera yo sola!

—¡Es verdad!

Aurora estaba preparada.

Abrazó á Mónica y á la señora Simonet.

Estaba taíste.

¿Por qué?

¿Era porque estaba resuelta á sacrificarse por aquellos á quienes quería y la costaba trabajo este sacrificio?

Entró en la habitación de su amiga, la abrazó con más efusión que de ordinario, y la dijo al oído.

—Estate tranquila. No te atormentes. Esta noche tendré buenas noticias que darte.

—¿A propósito de ese señor Saint-Aubin?

—¡Tal vez!

—¿Te decidirás?

—¡Si es preciso!

—Puesto que no le amas!

Aurora se quedó pensativa un momento.

Después añadió con viveza:

—Hay también otro.

—¿Quién?

Aurora sonrió, pero tristemente.

—Ese es mi secreto ahora—dijo.—¡Esta noche sabrás todo! ¡Hasta luego!

Salió, ó mejor dicho, huyó.

La vieja Mónica dijo á la vendedora de periódicos, llorando:

—¡Si supieseis que buena y valiente es!

Aurora bajó las escaleras corriendo. A fuerza de leer la carta del barón, habia concluido por perder poco á poco sus prevenciones contra él. Le encontraba generoso en interesarse por ella, en ofrecerle su apellido, en pedir su mano, en proponerle aquel matrimonio.

Ella no tenía más que una observación que hacer contra aquel ofrecimiento inesperado, milagroso.

No le amaba.

Sentía por él más bien una especie de anti-

patía instintiva que no conseguían destruir todos los razonamientos.

Pero se decía:

—¿Dónde estaría el mérito si le amase!...

Sin el telegrama que el marqués de Caylus le habia expedido precisamente en el momento en que luchaba con sus indecisiones, le hubiera contestado favorablemente.

Esperaba, pues, á fin de verle, de hablarle, de saber por él si ella podia concebir alguna esperanza, encontrar alguna colocación, un medio de existencia, en fin. Ciertamente esto era todo lo que deseaba, pero en breve plazo, porque estaba como el ahogado que necesita un socorro inmediato y que no le quedan más que algunos minutos de esperanza.

Marchaba de prisa por la acera.

Los días eran ya más largos y mejores.

Aquel día estaba la mañana nebulosa, húmeda y templada.

Los que la encontraban la saludaban con amistosas inclinaciones de cabeza.

La conocían ya.

Para todos aquellos madrugadores era la hermosa vendedora de periódicos.

Llegó, por fin, á su puesto.

El kiosko estaba cerrado: la cubierta goteaba todavía, á causa de una lluvia menuda que habia estado cayendo toda la noche.

La tienda de vinos de la calle del Bac estaba abierta desde hacía largo rato.

El gas ardía aun en ella.

Algunos clientes tomaban aguardiente en el mostrador para matar el gusanillo.

Uno de los mozos vió á Aurora y muy complaciente se acercó á ella.

30554

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIV. JOSÉ F. PERAZA
"ALFONSO" PÉREZ
No. 1225 MONTESUY, BUENOS AIRES

—La criada esta enferma, no de gravedad— dijo.—Hoy no la veréis. Ha cogido un buen catarro.

—¡Pobre muchacha! Decidla que lo siento.

—Se lo diré. ¿Queréis que os ayude?

—¡Si me hacéis ese favor!

—¿Y la señora Simonet?

—Vendrá mañana.

—¿Entonces, vos?

—A mi, no volveréis á verme.

—¡Ah! exclamó el mozo...—Se ha acostumbrado uno á vos... Sois muy hermosa... Todo el mundo lo dice... El mismo patrón se verá contrariado, os estima... ¡Y nosotros también! Así hablando, el mozo quitaba las correderas y las ponía en su sitio.

—Habéis llegado muy á tiempo—dijo...—El desfile comienza.

Los repartidores, llegaban en efecto con sus paquetes debajo del brazo.

Y todos tenían para ella una palabra amistosa.

Cuando les decía, como al mozo del señor Rabier, que aquel era el último día, demostraba contrariedad.

—Lo siento mucho, repetían.

Y se marchaban dándole un cordial apretón de manos.

Ella también sentía tener que dejar aquella ocupación porque ¿dónde encontraría otra?

Su corazón se sublevaba á la idea de aquél matrimonio.

¡Y sin embargo!...

Entre tanto alineaba los periodicos sobre las tablas, y se sentía á gusto bajo la pequeña cúpula.

La buena acogida que recibía de todas aquellas gentes, entre las que no tenía más que amigos, la reconfortaba.

El mozo volvió con la estufa perfectamente preparada.

—Tened—dijo—poned esto bajo los piés, no os vayais á poner enferma como la otra...

Esto era una alusión á la hija de la señora Simonet.

Añadió:

—Por pasar aquí los días con su madre se puso enferma. Francamente, sería lastima que os sucediera lo mismo á vos, señorita...

—Aurora.

—Señorita Aurora, ¿qué quereis tomar?

—Pero...

—No andeis con escrúpulos... El patrón es un buen hombre y nada interesado... y además, si es como decís, el último día, bien se os puede ofrecer un pequeño extraordinario.

—Pues bien, traedme un poco de café...

—¿Con leche?

—Como queráis.

—Voy por él.

—Y gracias, señor...

—Hipólito.

—Señor Hipólito.

—Vais á ver si me equivoco, pero creo que tendreis un buen día...

—¿Creeis?...

—Los compradores van á acudir en masa...

—¿Tanto como eso?

—¡Con una vendedora tan hermosa como vos! ¡Palabra! Apuesto á que somos nosotros los que tenemos la más gentil de todo París.

El galante Hipólito reía, pero buenamente,

sin segunda, como el hombre contento de tener una joven hermosa á su lado.

Se volvió á sus quehaceres y casi en seguida llegaron los primeros compradores, pidiendo:

Le Petit Parisien, Le Journal l'Eclair.

Algunos se paraban á echar un parrafito con ella.

Aurora tenía ya muchos conocimientos.

Se enteraban de su salud, de si se aburría en aquella ocupación y de si iba acostumbrándose á ella.

Los días anteriores contestaba con amabilidad, con su gracia un poco melancólica. Aquella mañana estaba de mal humor, preocupada, y para disculparse decía que se sentía mal, que la atacaba la jaqueca que solía padecer.

—No, no estoy bien, pero esto pasará... No me dura nunca mucho tiempo.

La decisión que iba á tomar la atormentaba más á medida que pasaban las horas, demasiado de prisa para ella.

Cuanto más se acercaba el momento decisivo, más perpleja, más indecisa se sentía.

La idea del marqués de Caylus volvía á su imaginación, borrando las otras, dominándolas.

A él era á quien esperaba con impaciencia, como si su porvenir hubiese dependido de algunos minutos de conversación con él.

Sus ojos erraban sin cesar de derecha á izquierda; se preguntaba cuál de sus dos pretendientes llegaría antes: Saint-Aubin, que la dejaba fria á pesar de su oferta, tan generosa en apariencia, ó el marqués de Caylus, que no la había prometido nada, y en el que pensaba con el corazón palpitante.

Llegó la hora del almuerzo. Ninguno de ellos había parecido por allí.

Hipólito volvió, siempre tan amable.

—Habéis sublevado al barrio—dijo á Aurora.

—¡Yo!

—Los parroquianos no hablan más que de la hermosa vendedora de periódicos.

—¿La habéis visto? ¿La habéis hablado?—se preguntan.—¡Qué cara tan preciosa tiene! ¡Y el talle, y los ojos, y los cabellos! ¡Y tan amable!

Aurora replicó dulcemente:

—¿Os burláis de mí?

—Nada de eso. El patrón acaba de hacer una apuesta.

—¡Bah!

—¡Palabra de honor! Con el sombrerero de enfrente. Han apostado dos botellas de Campagne del mejor. Dice el sombrerero que no estaréis aquí quince días!

—¿Por qué?

—¡Ah! Porque ya comprenderéis. ¿No es eso?...

Sin duda que ella comprendía muy bien.

—No os pongáis colorada—repuso Hipólito.

—Yo quisiera que el comerciante de castores perdiera la apuesta. ¡Eso depende de vos!

—Ni ganará ni perderá—dijo Aurora.

—¿Por qué?

—Porque me voy mañana.

—¡Toma!—exclamó el mozo.—No quiero decirles nada. El sombrerero se alegrará. No habrá quien le sufra.

Y preguntó:

—¿Qué queréis comer? Elegid. Hay hígado

de ternera, pierna de carnero en salsa y beefsteack.

—Traedme lo que queráis.

—Bueno. Dejadme hacer.

Se quedó sola.

A cosa de las dos volvió á llover con mucha fuerza.

Este es el momento de calma para los vendedores de periódicos.

Los compradores tienen los de la mañana y los de la noche no han salido aún.

Aurora se fué quedando dormida poco á poco.

Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó sobre el pecho.

Cuando se despertó tuvo un movimiento de sorpresa mezclado de alegría.

Un caballero, cuya espalda estaba protegida por un paraguas se hallaba de codos sobre el pequeño mostrador del Kiosko, interceptando la luz y con los ojos fijos en el pálido rostro de la vendedora, la contemplaba amorosamente.

—¡Vos aquí!—murmuró Aurora frotándose los ojos.

—¿No me esperábais?

Aurora, todavía dormida, murmuró:

—Sí; pero con este tiempo!...

—¡Con tal de veros, qué me importa el tiempo!

Y en seguida añadió:

—Por vos es por quien estoy en París.

—¿Y vuestro hermano?

—Allá sigue, con nuestra madre. Yo he puesto un pretexto y aquí me tenéis.

Y continuó:

—Aunque cayeran piedras de molino no hubiera dejado de venir.

—¿Hace mucho que estáis aquí?

—No lo sé. Cuando estoy cerca de vos pierdo la noción del tiempo. Diez minutos tal vez.

El marqués parecía encantado.

—Si supiéseis—repuso—qué hermosa estábais dormida! Hubiera querido tener un pequeño aparato de fotografía.

—¿No estaréis mucho tiempo en esa postura?—dijo Aurora reponiéndose del todo.

—¿Por qué?... ¿Os molesto?

—Ciertamente... En primer lugar impediré que vengan á comprar mi mercancía los parroquianos.

—¿Parroquianos? Ya véis que no los hay. Nadie se atreve á salir de casa con este tiempo. Es preciso estar enamorado como yo, para estar en la calle con esta inundación.

Indicó los periódicos.

—Además, yo me quedo con toda la colección si quereis.

—No basta eso. ¡Me comprometéis! ¡Ya os lo he dicho!

—¿Eso qué importa?

—¿Cómo! ¿que qué importa eso?

—Sin duda, puesto que estoy dispuesto á... ¡No teneis más que decirme vuestras condiciones!

—Mirad, allí teneis á aquellos curiosos que nos miran.

Le mostraba al tabernero y al sombrerero que les miraban con mucha atención y se hacían señas.

El marqués se echó á reír.

—¿Qué nos importan esos estúpidos?—dijo.

—¿Sabéis lo que piensan?

—¡Esos! Nada.

—¿Qué es lo que hacen?

—Decir tonterías.

—Que pueden perjudicarme. El de la izquierda dice que vais á hacerle ganar su apuesta.

—¿El de los sombreros?

—Sí.

—¿Qué apuesta?

—Que yo no estaré un mes en este kiosko.

—¿Por qué?

—Porque me sacarán de él...

—¿Quién?

—Cualquier caballero.

—¡Ah!—exclamó el marqués.—No es tan tonto como yo pensaba. Le debo mis evcusas.

—¿De modo, que vos creéis?...

Raimundo miró á Aurora con unos ojos tan encendidos que le hicieron bajar los suyos.

—Creo que os amo; que sois hermosa hasta el punto de volver á uno loco, que tengo la dicha de repetiroslo y que si quereis darme un poco de ese amor, no estaréis ya aquí esta noche ó al menos mañana por la mañana no vendreis.

—¿Dónde estaré, pues?—preguntó.

Aurora, trataba de bromear, pero había sentido un estremecimiento al oír aquella voz amada.

Raimundo se acercó más á ella y continuó:

—¿En donde estaréis, mi hermosa Aurora? Voy á deciroslo. Yo no me he colocado en esta posicion tan ridícula, con la lluvia que me innunda por otra cosa. Estareis lejos de vues-

tras miserias, en una deliciosa casita que os he destinado.

—¿Donde está?

—En la calle de Vanneau, rodeada de jardines. Allí olvidaréis vuestras penas. Allí os esperaré para instalaros.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche, si accedéis á mi súplica. Allí encontraréis todo lo que puede constituir la alegría de una mujer, alegrar su vanidad, transformar una aldeana en reina... He reunido allí todo lo que os es necesario. Encontraréis, en fin, con qué calmar vuestras inquietudes, desechar vuestras preocupaciones y asegurar á vuestros protegidos el bienestar que les falta.

—¿Como os atrevéis á hacerme semejante proposición?

—Pensad que el Todopoderoso me ha dado una lengua para que me sirva de ella.

—Hablemos seriamente.

—Eso es lo que hago.

—Os lo suplico... Debéis pensar que todo lo que me decís lo tomo por una simple broma.

—Nada de eso. Yo me he jurado sacaros de aquí y os sacaré. Ese dia será para mi el más hermoso de mi vida. Aunque yo solo hubiera conquistado el Tonkin y la China no estaria tan orgulloso.

Una sonrisa melancólica asomó á los labios de Aurora.

Debo parecer demasiado atrevido, demasiado sonriente y demasiado feliz tal vez—dijo Raimundo con tono conmovido.

—Es verdad—murmuró Aurora.

—Voy á deciros por qué.

—Hablad.

—Es porque estoy seguro del triunfo.

—¿Vos?

—Porque os creo impotente para resistir.

—¿Por qué?

—Porque el valor y las fuerzas de una mujer tienen sus límites.

Aurora guardó silencio.

Raimundo adivinó su pensamiento.

—Pensad un momento y vereis hasta qué punto tengo razón. ¿Cuánto tiempo hace que estais en París?

—Nueve ó diez meses.

—¡Buena! ¿Qué habeis hecho?

—Pero...

—Voy á deciroslo. Habeis recorrido de un lado á otro en busca de una colocación, vuestras súplicas, vuestros ruegos han caido en el vacío... Lo mismo sucederá siempre... ¡Nadie os querrá!

—¿Por qué razón?

—¡Ah! Por un fenómeno parisien que no perderé el tiempo en explicaros... Pero es real, existe... Vos sois la prueba viviente. No hay más que algunas casas en donde pudierais entrar, y aun así á precio de algunas concesiones... Se necesitaría alguna vacante y á veces tarda en presentarse. Vos no podeis esperar mucho tiempo. No estareis mucho en este chivritil, estais muy mal en él... Al cabo de seis meses ó habreis muerto ó estareis desconocida, y eso no lo permitiré yo. Antes haré uso de la fuerza. Además, ¿qué ganaríais aquí?

—Pero...

—Nada, al ménos en comparación de vuestras necesidades. Una miseria para tres perso-

nas. Y aun creo que este recurso os va á faltar.

—Es verdad... ¿Lo sabeis?

—Todo. Una horrible vieja, vuestra portera me ha contado muchas cosas tristes... Sois un ángel de abnegación, pero sucumbireis en la empresa. Convenid en ello. Continuar una vida tal sería un suicidio.

Aurora bajó la cabeza.

Hacia mucho tiempo que ella había comprendido esto.

Si siquiera aquel sacrificio pudiera haber sido útil, pero no hacía más que retardar algunos días el desastre final.

El marqués repuso:

—Yo os hubiera ofrecido ayudaros... El otro día quise dejar algunos luises sobre los periódicos; pero sois altiva y los hubierais rehusado. No sabe uno cómo arreglarse para sosteneros y salvaros... Creo haber encontrado el mejor medio. Os lo digo lealmente: «Os juro amaros mucho tiempo, tal vez para siempre... Amadme un poco en cambio de ese gran amor». Del hombre á quien se ama se puede recibir todo... Decid sí y estaremos unidos para toda la vida. Hay recuerdos que no se borran nunca.

Aurora estaba pensativa.

Por fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Todo lo que decís es exacto, y sin embargo, ¿cómo me despreciaríais si os escuchara?

—No, no.

—Quiero continuar viviendo honradamente.

—Esc es imposible, al menos que os decidáis á...

—¿A qué?

—¡Hablaís de vivir honradamente, desgraciada criatura! Morir es lo que debierais decir,

—¿Cómo?

—Abandonad en su desgraciada suerte á la que sostenéis y arrojaos al Sena.

Aurora se estremeció.

No habia otra solución para ella.

¡Cuántas veces se lo habia dicho á sí misma!

—¿De modo que debo?...

El marqués se inclinó hacia ella, y sin gran emoción, pero con irresistible encanto, repuso:

—Debéis escucharme, creerme, pensar que lo que os propongo es vuestra salvación. Os suplico que aceptéis, y si decís que sí, os juro estaros eternamente agradecidos. Debéis pensar que si estoy aquí, si trato de convertirlos á la verdad, es porque desde el día en que os vi, allá en los jardines de Auvignac, entre las flores, concebí por vos una pasión que no me deja un instante de reposo, que pienso en vos sin cesar; que es mi felicidad la que os pido, y que al dármela aseguraréis la vuestra; que no puedo vivir sin vos, que sois mi sueño, mi ideal, que os prefiero á todas las mujeres de la tierra, y que esto, mi hermosa Aurora, se llama amor.

Aurora permaneció inmóvil.

Lo que oía estaba tan de acuerdo con sus secretos pensamientos, con sus deseos, que no se atrevía á confesarse á sí misma; se sentía tan débil ante aquel hombre, habia ocupado tan largo tiempo su imaginación, sus ojos penetraban tanto, antes por decirlo así, en su corazón, que murmuró en un momento de inconsciencia y de olvido, como si estuviese defendiéndose entre sus brazos:

—¡No, no quiero, no quiero!

—¿Y qué es lo que no queréis, querida?

—Yo no puedo querer—dijo con un acento

to de dulzura infinita—escucharos más, veros más tiempo. Necesito mucho valor para hablaros así, porque me turbáis, ¿por qué no confesároslo? ¿Pero qué pensaríais de mí si cediese al encanto de vuestras palabras, á la tentación que me presentáis en el momento en que estoy cansada de luchar?...

—¡Obedeced, pues, al destino! ¡El nuestro es de amarnos!

—¡No, no!

Puso delante de ella una tarjeta en la que habia escritas con lápiz algunas líneas.

Y con más pasión y ardor dijo en voz baja:

—¿Por qué defenderte más? ¡Lo que ha de suceder, sucederá!

—¡Dejadme!

—No antes de que me hagas una promesa.

—¿Cuál?

—La de seguir las instrucciones que hay en esta tarjeta, de ir esta noche á esa casa de la calle Vaneau, donde te hablaré.

—No.

—¡Yo lo quiero!

—Eso es imposible.

—Tú irás, porque lo que te ofrezco es la salvación... porque sabes que es un amigo verdadero, á quien encontrarás allí, el mejor, el más seguro, el más decidido, ¡me atrevo á decirlo!... porque no tienes nada que temer de él y que te será siempre fiel...

—¡Caballero!

—¡No te defiendas! Además, ¿puedes elegir? ¿Se duda entre el infierno y el cielo?

Y más bajo todavía, añadió, tan cerca de su cara, que hubiera podido besarla:

—¡Irás, en fin, porque me amas!

Aurora temblaba como una azogada y no pudo pronunciar una palabra.

Raimundo, apoderándose de las manos de Aurora, añadió:

—Nadie te verá. La puerta de la calle estará abierta... ¡No habrá ningún criado!... Yo solo te esperaré... A las diez, hora en que dejas esto, estaré allí... ¡No me digas que no!... ¡Por piedad, si no es por amor!

Aurora vacilaba aun.

Añadió tiernamente:

—Te lo suplico por última vez.

Aurora balbució:

—¡Pues bien!... sí... pero estaréis solo; me lo habéis dicho.

—¡Solo!

—¡Y yo no prometo nada!... ¡nada!

—Bueno.

—Quiero pensarlo.

Raimundo la dirigió una mirada tan suplicante, que por fin dijo:

—Ire.

Estaba vencida.

Seguía lloviendo.

El gabán del marqués chorreaba; las botas estaban empapadas.

—¡Caramba!—exclamó.—¡Debe hacer mucho tiempo que estoy aquí! ¡Esto es un diluvio! ¡Estoy anegado!... ¡Sí os amaré!

Y añadió:

—Tengo vuestra promesa... Os dejo. Soy feliz. Jamás lo he sido tanto... Hasta luego.

Y como ella guardara silencio, la dijo:

—Repítelo hasta la noche.

Aurora suspiró:

—Hasta la noche.

Raimundo resplandecía.

En la esquina de la calle del Bac, al mirar á todos los lados para buscar un coche, vió una mano salir de la ventanillo de un cupé particular que estaba allí parado, y una voz llamó:

—¡Caylus!

—¡Toma! ¡Saint-Aubin!—dijo.—¿Cómo estáis aquí, querido?

—¿Y vos?

El marqués tuvo una idea.

—Podéis hacerme un favor.

—¿Cuál?

—El de llevarme á la calle Vaneau... No pasa un coche, y estoy hecho una sopa.

—Con mucho gusto. Montad.

—Voy á inundaros.

—No importa... ¿De dónde salís?

Raimundo era de ordinario muy lacónico y poco expansivo con sus amigos.

Pero su alegría desbordaba.

—A fe mía—dijo,—aquí tenéis un enamorado, un enamorado loco.

—¿Vos?... ¡Francamente, me admiráis! ¡Un extragado como vos!

El cupé marchaba hacia el Congreso de los diputados y la calle de Bellechasse.

—Pues bien, lo que os digo es la pura verdad. He encontrado una adorable mujercita y...

—¿Y la habéis conquistado?

—Así lo creo... Vendrá esta noche á parlamentar...

—¿A vuestra casita de la calle Vaneau?

—Qué conocéis, querido. A las diez la esperaré. Nadie nos molestará... La puerta estará abierta.

—¿Es joven?

—¡Un capullo de rosa! Dieciocho años.

—¿Qué es lo que hace?

—Trabaja con encarnizamiento: pero es tentar un imposible. Tres personas que sostener, sin contar un niño de una amiga enferma.

—¿Entonces, será la gran conquista?

—A decir verdad, tengo gran confianza.

—Hombre feliz, todo os sale bien.

—¡A fe mía, es verdad! no tengo de que quejarme de mi suerte, nací bajo una buena estrella!

El cupé se había parado en la calle Vaneau, delante de la puerta accesoria de un jardín.

—¡Qué buenas noches hemos pasado ahí!— dijo el barón.

—¡Y esta será la mejor!

—Me sorprendería—pensó Saint Aubin, con una sonrisa extraña.

Y luego añadió con voz alta.

—¿No iréis al círculo?

—No. Creo que tendré otra cosa mejor de que ocuparme.

—¡Buenas tardes, pues!

El marqués de Caylus se apeó del coche.

El barón le vió meter la llave en la cerradura.

La puerta se abrió.

Raimundo saludó ligeramente á su amigo y desapareció.

El barón dió una orden á su cochero.

El caballo se puso en marcha, y solo en un rincón, con la cara convulsa, biliosa, pensaba Saint-Aubin:

—¡Mala suerte! ¡En el momento en que iba á verla, á insistir, á triunfar!... ¡Ha vuelto de

Niza dos días antes de lo que pensaba! ¡Tanto peor para él!

Desde su cupé, parado á pocos pasos del kiosko, había visto al marqués en conversación con Aurora, había observado y comprendido todo lo que pasaba.

Evidentemente, para que él tuviese necesidad de suplicarla tanto tiempo, era que ella dudaba entre él y Caylus.

En todos los casos, era un nuevo obstáculo que se levantaba ante él, más peligroso que los otros.

Y él no quería.

¡Suprimido aquél, el campo estaba libre!

Había entrado en un mal camino; pero la puesta era bastante tentadora para que le fuese posible retroceder.

IV

Debilidades del corazón.

Cuando, por fin, el marqués de Caylus hubo abandonado el kiosko, Aurora se sentía feliz, inquieta y trastornada á la vez.

Era feliz, porque se creía amada sinceramente; feliz por la alegría que brillaba en los ojos de Raimundo, de aquel amante hacia el que se había sentido inclinada desde el primer día, desde la primera mirada cuando la había visto al través de las flores de su ventana en Aubignac.

Pero estaba también inquieta, trastornada, pensando en el paso que iba á dar.

La parecía que sus amigos, que los compradores, que sus vecinos, dispuestos todos á ha-